

que les demostraba la cercanía de algun buque; ense-  
gnida empezaron á gritar en demanda de socorro, y á  
poco rato divisaron á un barco que hacía ellos se dirigía.  
Era una goleta irlandesa, y llegándose á los náufragos  
los recogió á bordo. No podemos asegurar cuál fue el  
primer puerto en que éstos desembarcaron; solo sabe-  
mos que, una vez en tierra, marcharon todos á sus res-  
pectivos hogares; y más tarde, en un día dado, se reu-  
nieron en Begoña para cumplir su promesa.

Véase ahora la reseña que ha tenido la bondad  
de remitirnos D. Pedro de Garay, capitán del bergantín  
*Piedad*, de la matrícula de Bilbao, en aquella ocasion  
para él inolvidable:

Hallándome en la zona tropical de América, en los días 4  
y 5 de Setiembre del año 1854, en la altura de 28° lat. N. y 61°  
30. long. O., fuí sorprendido por un terrible huracan del N.  
NE. y de todos los cuadrantes de la brújula. El día 4 de ma-  
drugada noté que habia bajado el termómetro, cosa extraña  
en aquella region; el viento arreciaba progresivamente, y ma-  
niobrábamos aferrando velas.

A eso de las cuatro de la tarde, sobre un chubasco fuerte,  
arribé en popa, como disposicion mas acertada para no ar-  
riesgar los costados, y con ánimo decidido de huir de vientos  
y mares en todas direcciones. De pronto reinó unos momen-  
tos de calma; oyóse luego un trueno ronco y prolongado, y  
se dió la voz de alerta: por el E. N. E. avanzaba hácia nos-  
otros el vórtice ó *focus* de la tormenta; el horizonte estaba  
oscuro y aterrador. Cerca de las cinco empezó á soplar de  
nuevo el huracán y siguió reinando con fúria creciente. Lu-  
chábamos con él y preveíamos todos los riesgos de la tem-  
pestad desencadenada: en un momento de angustia, reunida  
toda la tripulacion sobre cubierta, me parece que fue el pilo-  
to quien propuso que implorásemos el auxilio de la Santísi-  
ma Virgen: todos vinimos en ello con afán y la prometimos  
que si salíamos libres de la borrasca, iríamos á honrarla en  
su Santuario de Begoña. Era esto entre siete y ocho de la no-  
che y el huracán seguía arreciando: una hora despues la fú-  
ria del viento y del mar era tan grande, que fue preciso afe-  
rrar la pequeña vela de gavia y quedarnos á palo seco. A co-  
sa de las diez, un gran golpe de mar entró sobre cubierta; fué  
un momento angustioso; cortamos algunas jarcias y cabos,  
cayó el palo mayor con todos sus aparejos, y fue todo ello

echado al agua, para salvar las vidas, barco y cargamento.  
Ningun marinero, por valiente que fuera, se determinaba á  
subir á la primera cofa del palo para salvar éste y cortar lo  
demás de la arboladura.

Continuamos navegando á palo seco durante la noche, con  
todos los marineros de guardia. En la mañana siguiente las  
fúrias del viento eran todavía mayores, y enormes montañas  
de agua se abalanzaban sobre nosotros, amenazando sepul-  
tarnos en los abismos. Una de las olas montó la popa del bar-  
co, derribó las puertas del toldillo, golpeó al timonel contra  
la rueda que manejaba, y envolviendo al capitán lo arrastró  
hácia la proa. Por fortuna, caí á bordo y en el momento en  
que los marineros acudian en mi auxilio. En vano el piloto,  
cogiendo una gran vasija de aceite, empezó á derramarlo  
por el conducto del timon, y concluyó por echar al agua to-  
da la vasija: el mar no se aplacaba en sus embestidas; los ele-  
mentos bramaban desencadenados, todo conspiraba contra  
la pobre nave. Asi pasamos algunas horas más... y ¡bendita  
sea la Virgen! todavía nos encontrábamos á flote: la tormen-  
ta comenzó á amainar y siguió amainando hasta las tres ó  
cuatro de la tarde, hora en que reinó un viento frescanchon  
favorable del Sur. Con él seguimos navegando hácia Euro-  
pa, á poca vela del palo que nos restaba, y con las obras  
muertas destrozadas por el costado de estribor; horas des-  
pues resolvimos tomar rumbos á los Estados Unidos, y con  
vientos favorables en diez ó doce dias logramos ganar el  
puerto ballenero de New-Bedford.

Reparadas las averías del casco y arboladura, salí para mi  
destino de Bremen (Alemania); de allí regresé á Bilbao; y un  
domingo subí con la tripulacion á Begoña, llevando los ma-  
rineros una vela del barco, y en el Santuario cumplimos con  
agradecimiento y devocion lo prometido á la Santísima Vir-  
gen, una Misa cantada, con sermon que predicó un religioso  
para alabar á la Madre de Dios, tan piadosa con los navegan-  
tes y con los que la invocan en las tribulaciones <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> El mismo Sr. Garay nos dice tambien: »No es posible describir  
»lo que es un ciclón ó torbellino en medio del mar, donde todo se  
»vuelve ruido que ensordece, confusion y bramidos horribles. En  
»lances tan apurados solo pueden salvar al navegante la serenidad y  
»pericia marinera, con la proteccion de Dios y de la Santísima Virgen.  
»Otros varios buques fueron alcanzados por el mismo huracan en  
»los siguientes dias, en meridianos más occidentales, experimentando  
»grandes averías y arribando á diferentes puertos de los Estados-  
»Unidos.

Angustioso en extremo debió ser también el percance del bergantín *Federico* en Octubre de 1866. Habiendo preguntado sobre esto á un pariente muy cercano del Sr. Frádua, capitán de dicho buque, nos ha enviado esta respuesta, lacónica pero expresiva:

No tengo más datos sino que el Bergantín *Federico* zozobró en las latitudes que indica el cuadro, bajo un terrible temporal, y se vieron precisados á picar los palos para salvar vidas y buque. Aún hecha esta operación, tal era la situación del bergantín, que atribuían su salvamento á la protección de la Virgen, por lo que hicieron ese pequeño obsequio.

Todavía es más notable lo que sucedió con el vapor español *Vivar*, en Noviembre de 1872—Navegaba en las alturas indicadas, cuando se vió envuelto en una tempestad deshecha; después de tener las jarcias rotas, un furioso golpe de mar le levantó el puente, inundó las calderas, y apagando los fuegos hizo parar la máquina. Con terrible angustia invocaron los tripulantes á la Virgen de Begoña, dándose todos por perdidos: al punto cesó la tempestad, y la mar quedó como un plato (textual). Terminado el viaje, vino á Begoña la tripulación de este vapor, á dar las gracias á la Virgen; y el capitán D. Antonio Alcatena, de la vecina anteiglesia de Deusto, mandó pintar y colocar en el Santuario un cuadro conmemorativo, en testimonio de su gratitud por el *milagro manifiesto*, como él decía con razón, porque nunca por las vías ordinarias cesa una tempestad de golpe, sino gradualmente.<sup>1</sup>

»Segun noticias, el Navío *Soberano* de guerra, español, no obstante de hallarse, segun creo, mucho más distante del vórtice ó centro de la tormenta que el *Piedad*, se vió en tan inminente riesgo, que arrojó la artillería al mar, y haciendo agua arribó á Santiago de Cuba, donde quedó inutilizado.»

<sup>1</sup> Nos ha comunicado estos datos un sacerdote amigo nuestro, Coadjutor del Santuario en aquella época, el cual oyó de labios del mismo Alcatena esta relación. El agradecido capitán del *Vivar* se lamentaba de que en el cuadro que regalaba no estuviese expresada con más fidelidad la situación del vapor en el siniestro marítimo que representa.

Pero lo que tuvo grandísima resonancia y ha dejado indeleble recuerdo en Bilbao y Vizcaya, es el beneficio portentoso dispensado por Nuestra Señora de Begoña el 8 de Setiembre de 1855. En aquel año la epidemia cólera diezaba las poblaciones y aldeas de España. A principios de Setiembre el vecindario de Bilbao estaba consternado por el crecido número de las defunciones que ocurrían diariamente. Para tales angustias la religión es el primer lenitivo: aun los llamados *espíritus fuertes* ó despreocupados acudían, unos públicamente, otros á hurtadillas, á los sacerdotes de la villa, que á duras penas podían prestar sus servicios á sanos y enfermos. Por la tarde del día 8 se organizó una rogativa solemne: la santa imagen fue sacada de Begoña, y paseada procesionalmente por la villa, volviendo por la Ribera y Zabalbide al Santuario. Cuando la rogativa llegó de regreso á Begoña, era ya noche cerrada; la multitud no podía caber en el templo, y un sacerdote bilbaino<sup>1</sup> predicó el aire libre, sobrepulpito colocado en uno de los árboles de la campiña del Santuario. El cuadro era imponente, segun testigos presenciales: después de los fuertes aguaceros que habían caído por la mañana, el cielo estaba sereno y las estrellas tachonaban el firmamento. Mas de cuatro mil cirios ardían en las manos de los piadosos romeros; pasaban de diez mil las personas que allí congregadas escuchaban, con los sentimientos que puede suponerse, al orador sagrado, vivamente conmovido por su afectuosa devoción á la Virgen y por las angustias del vecindario bilbaino... La noche que siguió inmediatamente á la rogativa fue una de las más terribles de aquel periodo tristísimo en los años de Bilbao: tal vez fue

<sup>1</sup> El virtuosísimo D. Cosme Damian de Laraudo, que después ingresó en la Compañía de Jesús. Los detalles de este relato nos fueron comunicados por el mismo P. Laraudo, que ya septuagenario los recordaba con emoción y solía decir: ¡Nunca me he sentido tan inspirado como en aquel sermón!

la noche en que hubo mayor número de defunciones; pero en los días siguientes *no hubo un solo caso nuevo*, y la cruel enfermedad desapareció rápidamente, sin llevar al sepulcro mas que á varios de los atacados anteriormente. La gratitud bilbaina hizo pintar un hermoso cuadro al óleo, conmemorativo de aquella cèlebre rogativa, y colocarlo en el Santuario en testimonio de pèrpetuo agradecimiento á la misericordiosísima Virgen de Begoña.<sup>1</sup>

Terminaremos este capítulo narrando algunas otras vicisitudes posteriores. Cuando por causas de todos conocidas, aunque no de todos igualmente apreciadas, surgió la segunda guerra civil, con los barruntos de nuevo asedio un destacamento de la guarnicion de Bilbao se situó en la iglesia de Begoña, fortificándola, en 1874; la veneranda imágen fue retirada, con ayuda de los mismos soldados, al cercano monasterio del Refugio, donde provisionalmente quedó instalado el servicio parroquial de la anteiglesia. Pocos dias después el general Castillo, gefe militar de Bilbao, pasó un oficio al Cura de Begoña, ordenándole que inmediatamente fuese bajada la santa imágen á la villa, para que allí estuviese depositada, como lo estuvo en la guerra de los siete años. Mas para entonces las avanzadas carlistas se habian situado en el mismo punto del Refugio, y el capitan de la compañía avanzada, apoderándose del oficio del general Castillo, contestó en términos enérgicamente negativos. Tratóse de ponerla en sitio más seguro, y era intencion de los carlistas conducirla á la villa de Lequeitio; mas los sacerdotes de Begoña hicieron ver la conveniencia de colocarla por entonces en la ermita de los santos Justo y Pastor, que con permiso de sus propietarios (los señores Mac Mahon) fue reparada con alguna decencia, y allá se llevó la santa imágen,

<sup>1</sup> Este cuadro, de gran tamaño y notable ejecucion, se halla colgado en el muro lateral de la Epístola, cerca de la puerta de la sacristia.

con las alhajas y papeles del santuario y el archivo municipal de Begoña. Mas tarde, por indicaciones del general D. Castor de Andéchaga y por lo peligroso de aquel paraje tan aproximado á la misma línea de combate, la santa imágen fué retirada al interior del Señorío y depositada en la iglesia de los PP. Carmelitas de Larrea (Zornoza). Terminada la guerra, fue traida á la iglesia de Santa Mónica, en Begoña; y de aqui devuelta á su Santuario con lucida procesion, á que asistieron las autoridades civiles y militares de Bilbao y el Ayuntamiento de la anteiglesia.

Ya se comprenderá que en el templo parroquial hubo necesidad de algunas reparaciones, antes de habilitarlo nuevamente al culto; y despues continuaron estas obras segun lo permitian los recursos. Además de los desperfectos interiores, el santuario sufrió durante la guerra la ruina de la torre y de las casas curales. La reconstruccion de éstas y de aquella comenzó á principios del año 1880.

Un cuadro más vino para entonces á decorar el Santuario y á pregonar otra merced dispensada por la benéfica *Estrella del mar*. Dice asi la inscripcion que lleva esa pintura:

Cuadro dedicado á Ntra. Sra. de Begoña. Huracán sufrido el Bergantin *Dora* en el mar de China en lat. N. 19° 30' y long. E. 12° 50' en el día 9 de Mayo de 1876 en su viage de Hong—Kong á Suai. Por capitan Manuel S. Luzarraga.

